

BEGOÑA
AMEZTOY

El señor de las maravillas

algaida



Diseño de cubierta: Jose Luis Paniagua

Primera edición: 2017

© Begoña Amezttoy, 2017

© Algaida Editores, 2017

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-726-1

Depósito legal: SE. 141-2017

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*En el Paraíso crece un árbol
maravilloso, sus frutos son
los sueños de Dios.*

RAIMUNDO LULLIO

1. GRACIANO EL MORO

A MI ABUELO GRACIANO LO LLAMABAN EL MORO. ERA de una fealdad inquietante. Su rostro, de ojos rasgados y pómulos altos, descendía hasta el rictus de unos labios apretados y húmedos de marcado perfil. Sería difícil precisar si aquellas facciones mongoloides obedecían a un antepasado oriental o a una genética familiar marcada por la endogamia y sus peores consecuencias. En su corta pero prolífica vida, mi abuelo Graciano engendró nueve hijos, tres de ellos subnormales. Sin embargo, el equívoco apodo lo heredó de su padre, Cecilio Asparren, un auténtico arquetipo vasco de ojos claros, nariz prominente y mandíbula rotunda, a quien llamaron *moro* a su regreso de Filipinas, donde emigró en busca de fortuna y solo encontró su desgracia en un burdel de las cloacas de Manila.

Este podía ser el comienzo de la historia del linaje de Amets, la casa que Cecilio Asparren levantó con sus propias manos y donde malvivieron y murieron mis ancestros. Pero nadie jamás podrá escribirla sin desenterrar la verdad oculta en sus cimientos: la insólita verdad del padre de mi abuelo, que los viejos del pueblo desgranaron para mí entre vasos de vino y sonrisas mal disimuladas. Todos hablaban de su desgracia, pero ninguno supo explicar los extraños sucesos que poblaron su vida.

Fue el misionero vasco Herminio Etura quien los conoció en primera persona y quien trajo hasta España aquellas funestas noticias desde lugares tan lejanos, para vergüenza y

oprobio de Cecilio Asparren, a quien jamás permitieron olvidar su pasado.

Antes de que aquel infortunio llamado Manay devastara su vida como una imprevista catástrofe natural, quienes lo trataron relatan que Cecilio era un joven honesto de carácter alegre, que trabajaba como ayudante de capataz en las plantaciones de Liu Xinjiang, un rico hacendado chino. Tan rico y poderoso era Xinjiang que, para celebrar el nacimiento de su primogénito, los festejos en la hacienda se prolongaron tres días. Nada ni nadie faltó. No solo asistieron los empleados de la casa, las caballerizas y las plantaciones, sino también los nombres y cargos más importantes de Mindanao y Cebú. En un banquete que parecía no tener fin, todos comieron y bebieron en honor del hijo de Xinjiang.

En la mañana del segundo día, quiso la desgracia que Zipas, el Cortador de Cabezas, así conocían al matarife en la hacienda, pidiera a Cecilio que lo acompañara a la ciudad. Él, que jamás había abandonado la plantación, aceptó la propuesta con la secreta esperanza de conocer el lugar del que tantas historias había oído relatar. Cada vez que Zipas volvía de Manila, eufórico y excitado, se deleitaba detallando las idílicas experiencias vividas en las Casas de Agua y todos los placeres que allí se podían encontrar. Cecilio lo escuchaba cabizbajo, pensando que si a sus treinta y tres años era un hombre para trabajar, también lo sería para estar con una mujer.

Aquel aciago día transcurrió en un vagar sin rumbo, de borrachera en borrachera, por los arrabales de Manila. Casi al filo de la noche, apoyados el uno en el otro, cantando y riendo, pues nada hacía presagiar aún la desgracia que los aguardaba, divisaron por fin las Casas de Agua. Era una hondonada gris salpicada de chozas rodeadas por fangales de barro donde docenas de mujeres y niñas, devoradas por la miseria, los obsequiaban con sus sonrisas.

Se introdujeron en una de las chozas más grandes. Dentro, el calor era insoportable y pegajoso. Zipas saludó a voces y al momento dos jóvenes vinieron a echarse en sus brazos. El matarife no era un extraño para ellas. Lo agasajaron con besos y caricias antes de desaparecer entre risas detrás de una cortina renegrida.

—¡Eh! ¡Oye! —gritó Cecilio—. ¡No me dejes solo!

Zipas asomó la cabeza haciendo un gesto con la mano. Instantes después, se oyeron unos murmullos y de nuevo entre los pliegues de la tela apareció su mirada turbia.

—Vendrán a por ti —dijo.

A los pocos minutos y sin que la precediera ni siquiera el ruido de sus pasos, llegó Manay. Era una niña frágil de pelo enmarañado, y contaba apenas con once o doce años.

—Hola, soy Manay.

Sin ocultar su sorpresa, Cecilio miró a su alrededor como si esperase a alguien más. La niña sonrió divertida al observar su desconcierto. En sus gestos había algo más que osadía o descaro.

—¿Y tú cómo te llamas? —preguntó.

Él la miró con detenimiento antes de responder.

—Cecilio —dijo al fin a regañadientes.

Manay se acercó despacio.

—Crees que no podré complacerte, ¿verdad?

Cecilio se encogió de hombros, después respiró hondo sosteniendo su mirada.

—¿Cuántos años tienes?

—No sé, dicen que más de doce. Igual trece.

—¿Quién lo dice? —Retrocedió negando con la cabeza—. No, no quiero estar contigo.

Manay lo observó extrañada. Jamás un hombre había puesto reparos a su edad.

—Si pruebas, no querrás ir con ninguna otra mujer. —Lo tomó de la mano sin contemplaciones—. Verás como te gusta.

Cecilio, desconcertado, no fue capaz de oponerse. Caminaron en silencio hasta un pequeño habitáculo. Ella apartó la cortina deshilachada que cubría la entrada.

—Aquí duermo yo.

Solo había un catre bajo y un cajón de madera que hacía las veces de asiento. Cecilio permanecía mudo, sopesando aún si debía marcharse sin esperar a Zipas.

—¡He dicho que no! —exclamó de pronto, soltándose de la mano de la niña.

Manay le dirigió una extraña mirada mientras lo empujaba hacia el catre con suavidad.

—Los hombres no tienen miedo.

—¡Yo no tengo miedo!

—Pues entonces bájate los pantalones.

No parecía dispuesta a ceder y, sin que él pudiera evitarlo, soltó el nudo que hacía las veces de cinturón. Cuando el bombacho cayó al suelo, Cecilio quedó totalmente desnudo. Iba a decir algo, pero Manay se lo impidió.

—Chist. ¡Túmbate! —le ordenó.

Tal vez entonces pensó que aquella escena era un mal sueño provocado por la borrachera, pero al instante obedeció, hipnotizado por aquella mirada a veces oscura, a veces amarilla. Se acostó sobre el mugriento catre cerrando los ojos. Manay, con la ligereza de un gato y sin desprenderse de su vestido, se colocó a horcajadas sobre él. Comenzó a desabrocharle la camisa al tiempo que le acariciaba el pecho con suavidad. Había comenzado a susurrar muy quedamente una dulce y melodiosa canción en tagalo. Parecía una canción de cuna.

Sus pequeñas y hábiles manos llegaban desde el miembro erecto de Cecilio hasta los hombros y el cuello, pasando

por los ojos y los labios. Cada pocas estrofas intercalaba algunas palabras en español.

—Tú solo tienes que dejarme a mí —susurraba con extraordinaria suavidad—. Yo lo haré todo.

Y de nuevo volvía a su melodioso canto. Y así, ella sobre él, y Cecilio fuera de sí mismo, entrando y saliendo del cuerpo de Manay, envuelto en caricias húmedas y latidos como escalofríos, parecía como si su cuerpo y su mente estuvieran muy alejados el uno del otro.

Así fueron pasando las horas y la noche entera. Con mayor o menor intensidad, pero en ningún momento dejó Cecilio de sentir el éxtasis. Igual que esos cuerpos que regresan de la muerte, así regresó Cecilio a la realidad de un nuevo día.

Despertó sobresaltado por violentas sacudidas.

—¡Despierta! ¡Despierta! —gritaba la voz.

Al fin abrió los ojos. Al principio solo vio a Manay.

Al instante, aturdido y horrorizado, necesitó largos segundos para comprender y asumir lo que veían sus ojos.

Zipas yacía en el suelo sobre un charco de sangre. Tenía una enorme hendidura en el cuello.

Intentó decir algo, pero la voz no le obedecía.

—Quería robarte y luego matarte —dijo Manay—. Pero yo te he salvado.

A Cecilio le costaba respirar. De pronto, como una niebla que avanza hacia la playa, así su memoria recordó todo lo que había ocurrido la noche anterior. Se incorporó de un salto y se acercó a Zipas. Tenía aún los ojos abiertos y una mueca extraña en la boca. Le tocó el brazo, estaba tibio. No llevaría ni media hora muerto.

—Pero ¿cómo...?

No pudo terminar la frase. Manay comenzó a lloriquear cubriéndose la cara con las manos.

—Ellas no me lo perdonarán. Tienes que llevarme contigo. ¡Mira! —dijo mostrándole un fajo de billetes que Cecilio reconoció de inmediato.

—¡Es mi dinero!

—Sí, él te lo había quitado y quería matarte.

Cecilio la miró sin creer y tal vez sin comprender lo que escuchaba. ¿Cómo una niña como ella había podido acabar con un hombre?

—¿Tú lo has matado? —preguntó mirando obsesivamente el terrible tajo en la garganta de su compañero—. Pero ¿cómo?

Manay se inclinó para buscar algo debajo del catre. Al instante, extrajo un cuchillo enorme manchado de sangre.

Cecilio contempló con ojos desorbitados el cuchillo de Zipas. Lo había matado con su propio cuchillo.

—¡Es su cuchillo! —exclamó horrorizado.

Manay asintió:

—Sí, vino a buscarte. Yo estaba medio dormida y me dijo que si lo ayudaba nos repartiríamos tu dinero. —De pronto titubeó como si no tuviera preparada la siguiente afirmación—. Pero yo no quise que te matara. Y le dije que sí, que lo ayudaría —de nuevo titubeó—, y cuando estaba distraído le quité el cuchillo y le corté el cuello, como él hace con los pobres animalitos. ¿Sabes que lo llaman el Cortador de Cabezas?

Cecilio la miró sin oírla, como si las palabras que pronunciaba fueran lo menos desconcertante de aquella situación. Tenía que volver a la hacienda. Eran casi cuatro horas de camino.

Se vistió con celeridad.

—Tengo que irme. Dame el dinero y te pagaré.

Manay se abrazó a él gimiendo sin lágrimas.

—Llévame contigo, por favor. Tengo miedo. Ellas me matarán. —Se apartó para mirarlo—. Yo te he salvado y puedo hacerte lo que te hice ayer cuando tú quieras. Sé que te gustó —añadió manteniendo la mirada.

Cecilio no pudo evitar un escalofrío como un latigazo. Con ella conoció algo que jamás habría imaginado que pudiera existir. Manay se abrazó de nuevo a su pecho.

—Por favor —suplicó en tono lloriqueante—. Trabajaré para ti y siempre viviremos juntos.

No podían perder ni un minuto más. Pensó en cómo justificaría en la hacienda la ausencia de Zipas. Tal vez nadie se habría percatado de que salieron juntos. Y, en todo caso, diría que fueron cada uno por su lado. Que no sabía nada de Zipas y que no había vuelto a verlo.

—Vámonos —dijo Cecilio.

Manay se apartó y le tendió el fajo de billetes. No respondió ni mostró ningún gesto de alegría. Solo sonrió como si lo que esperaba hacía mucho tiempo ya se hubiera cumplido.

—Espérame, vengo enseguida.

Cuando apareció de nuevo, llevaba el largo cabello recogido en una trenza y un bonito vestido azul demasiado grande para ella.

Llegaron a la hacienda subidos los dos a la grupa del caballo. Durante el trayecto, Manay ya había aleccionado a Cecilio de lo que debía decir a quien preguntara por ella.

—Diles que soy la hija de un amigo tuyo que ha muerto. Una pobre niña que se ha quedado sola en el mundo.

—¿Quién te ha dado el vestido?

—Una de las mujeres de la casa.

Cecilio no solo sabía que mentía, también sospechaba que aquella extraña criatura era capaz de todo. Sin embargo,

estaba dispuesto a ayudarla. Intentaría que trabajara en la cocina o en cualquiera de las labores de la hacienda. Pero ella ya había decidido sus preferencias.

—Dices que la mujer de tu amo ha tenido un niño, ¿verdad?

—Sí.

—A mí me gustan mucho los niños. Podría cuidarlo.

Y así consiguió lo que se proponía. Los dioses le fueron propicios. Manay cantó delante de Xiaomei, la mujer Xinjiang, la misma canción de cuna que recitaba mientras acariciaba los cuerpos de sus clientes en las Casas de Agua.

Xiaomei la escuchó con una sonrisa en los labios:

—Puedes quedarte para ayudar a las mujeres que cuidan de mi hijo —asintió complacida—, y así Kuan Yin aprenderá tus canciones.

Desde aquel momento, Manay se trasladó a la casa principal de la hacienda. Cecilio solo pudo verla en dos ocasiones más. La primera vez a lo lejos, pero ella le volvió la cabeza y lo ignoró como si se avergonzara de haberlo conocido. La segunda vez coincidieron en las caballerizas, donde acudió Cecilio para ensamblar la carreta con la que las mujeres iban al mercado.

Cecilio la chistó haciendo gestos para llamar su atención.

Manay se acercó. Había ganado algo de peso y en apenas un mes, limpia y cuidada, se había convertido en una hermosa joven.

—¿Qué quieres? —preguntó con gesto altivo como si su sola presencia la ofendiera.

—Nada, saber si estás bien.

Manay respiró hondo antes de responder:

—No vuelvas a hablarme nunca, ni a mirarme. —Se detuvo un instante—. Y si dices algo a alguien, yo diré que tú mataste a Zipas y que me obligaste a venir aquí para que fuera tu cómplice.

Cecilio la atendía petrificado. Entonces comprendió que sería capaz de hacerlo. Y comprendió también que todos los que la escucharan la creerían a ella y no a él.

—Nunca más te hablaré —dijo en un murmullo.

—Muy bien, eso espero.

—Solo quiero que me digas una cosa.

—¿Qué? —preguntó Manay sin ocultar su curiosidad.

—¿Cómo mataste a Zipas?

Ella sonrió echando la cabeza hacia atrás.

—Nunca he visto un hombre tan torpe y tan estúpido como tú.

Cecilio no pareció prestarle oídos.

—No creo que tú lo mataras —dijo intentando provocarla.

Manay dejó de sonreír y entrecerró los ojos como si recordara.

—Fue muy fácil. Estaba borracho y dormido. Le quité el cuchillo y le corté el cuello. Ni se movió. Luego lo arrastré hasta mi cuarto y te desperté —añadió encogiéndose de hombros.

Se miraron a los ojos unos segundos mientras Cecilio sentía un largo y frío latigazo. No se equivocaba, era el mismo doloroso placer que conoció en la choza de las Casas de Agua. A pesar de haberle prometido que jamás se lo revelaría a nadie, sabía que ella no consentiría que siguiera en la hacienda.

—Nunca te hablaré —repitió en un murmullo.

Ella inició una mueca despectiva antes de volverle la espalda.

Cecilio comenzó a no dormir por las noches. Soñaba que una mujer vestida de negro llegaba hasta su cama y le cortaba el cuello. Despertaba empapado en sudor, y así un día y otro recorría los campos de arroz, dormido sobre el caballo, cansado y nervioso, apenas sin comer, pues había perdido el apetito. Hasta que por fin sus fuerzas desaparecieron por completo.

Cayó enfermo, pero aún tenía que enfrentarse a lo peor de aquella pesadilla. Hacía tiempo que había descubierto, horrorizado, que tenía ampollas y edemas en el pene y sentía picores por todo el cuerpo. Cuando el médico dictaminó que la sífilis estaba muy avanzada, Cecilio habló con Gracián, el capataz de la hacienda, para pedirle que lo llevaran al convento de los dominicos. Allí lo cuidarían hasta que pudiera abandonar la isla.

Y fue también el misionero dominico quien relató el resto de aquella terrible historia. Al parecer, Kuan Yin y su madre, Xiaomei, murieron en extrañas circunstancias. Sus cuerpos aparecieron intactos, como dormidos, el niño en brazos de su madre, sin ningún signo externo de violencia o dolor. Igual que si el espíritu de la vida los hubiera abandonado precipitadamente.

Apenas transcurridos treinta días de este doloroso suceso, Manay ocupó el lugar de preeminencia en la mesa y en la cama de Liu Xinjiang, y así se cumplió el plan que había trazado desde que llegó a la hacienda de la mano de Cecilio Asparren.

No fue esto lo último que supo de ella. Manay sembró la muerte a su paso y el recuerdo de sus crímenes, aun sin conocerlos, siempre lo atormentó. Cada vez que Cecilio sentía un profundo dolor en cualquier parte de su cuerpo, sabía que era Manay quien lo provocaba. Las heridas que ella causaba, él las sentía, pues solo él fue responsable de salvarla de la ciénaga de la que nunca debió haber salido.